



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses....\$ 5-25 Núm. suelto....., 25

Habana 11 de Junio de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto....., 30

Núm. 32

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Aquí estoy yo... por Juan de Austria.—El incógnito, por Juan de las Viñas.—Cuentos de manigua: Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra.—En un banquete de boda (poesía), por Manuel del Palacio.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo.—Boceto á la pluma de Manuel Fernandez y Gonzalez, por Julio Nombela.—Tal para cual, por Juan Diente.—Sartenazos.—Anuncios.

Caricaturas, por D. Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Después de la costumbre de no pagar al sastre, no hay nada más de moda que los alemanes.

Ya se administren en forma de hulano, de príncipe, de emperador, de sábio, de filósofo ó de glo bulillo homeopático, es lo cierto que todo lo que viene de Alemania es hoy lo que priva en el mundo.

Son los alemanes el último figurín.

Por eso estamos pendientes de sus actos, y ni el más insignificante paso que den se nos escapa.

¡Qué se ha de escapar! Digo, y á mí, que desde que he vista al emperador Guillermo convertido en la mano derecha de la Providencia (según él decía), con su dedo pulgar, que era el casco, y todos los demás adminículos, no puedo comer ni beber si no me acuerdo de un hulano, ó por lo ménos de algun pariente suyo!

No hay medio de que para mí pase nada desapercibido de cuanto pueden hacer los alemanes.

Los persigo con la imaginacion y con la vista fija en el mapa germánico; quisiera que mis miradas llegasen hasta el interior de sus casas y de sus personas, vamos al decir.

Voy siempre á salto de mata por las columnas de los periódicos, buscando algo que sácie mi curiosidad, y cuando lo encuentro, *revento de forte*, como dicen los portugueses, ó brinco de gusto, como Bembeta, cuando se ha visto fuera ya de su cuidado en Nueva York, sin tener que escapar de las tropas españolas.

Hoy me encuentro en uno de esos instantes de supremo gozo, porque veo en los periódicos una resolución del parlamento aleman, que me pone alegre hasta las entretelitas del corazon, y cada poro de mi cuerpo está entonando una cancion del fandango.

Estaré alegre?

Se trata nada ménos que de una ley para indemnizar á las personas que se desgracien en buques, ferro-carriles, fábricas, etc.

Viajando por ferro-carril, se rompe usted un brazo, una pierna, un dedo, una uña, un pelo del bigote, la espina dorsal, el brutismo, el alma, cualquiera cosa; quede usted muerto ó vivo, no tiene que apurarse. El gobierno obliga á la empresa á

que le dé á usted una satisfaccion y algunos duros para consuelo de tripas.

Está muy bien pensado! Todas las empresas tienen que pagar los desperfectos humanos que causen.

Pero de esta ley se exceptúa una empresa que podemos llamar *Bismark, Guillermo y Compañía*, que en el manejo de sus negocios ha hecho tullidos á millares, y nada tiene que pagar, sin embargo.

Es, sin duda, porque esta compañía tiene privilegio exclusivo para almacenar bautismos rotos.

Será una diversion viajar ahora por los ferro-carriles de Alemania! Porque, está claro, las empresas andarán con solícito interés de los pasajeros para que lleguen al término de su viaje sin desperfecto alguno, y nadie podrá negarles el derecho de tomar todas las precauciones que quieran para evitar deterioros.

Así, por ejemplo, á los viajeros de primera clase los empaquetará entre algodón en pelo, y estendidos los brazos y las piernas: los de segunda irán acondicionados con estopa, y los de tercera con aserrín ó esparto.

Supongamos que un dia ocurre un descarrilamiento con algunos centenares de desgracias. El representante de la empresa vá reconociendo á todos los lisiados y satisfaciendo los desperfectos, según tarifa.

Por un brazo, quince duros; por una costilla, media onza; por un diente, cuatro pesetas, y así sucesivamente.

Tendido en una zanja encuentra á un individuo con una pierna en tres pedazos.

—¡Hola, buen hombre! qué avería le ha ocurrido á usted?

—Esta pierna rota.

—Una pierna, veinte duros. Tome usted la indemnizacion y eche usted á andar.

—Que indemnizacion ni qué niño muerto! lo que me ha de traer usted enseguida es un carpintero.

—Un carpintero! ¿Pues no sería mejor un cirujano?

—¡Cál! hombre! Si la pierna que se me ha roto era de palo. La mia verdadera la perdí en Sedan.

Otro caso.

Dos mujeres han sufrido igual desperfecto: una de ellas es flaca, huesuda, casi un esqueleto; la otra, por el contrario, rolliza, mórbida, una de esas mujeres que parecen hechas á torno. Las dos tienen fracturada la pierna izquierda.

—Tomen ustedes, dice el empleado, veinte duros para cada una.

—Pero oiga usted, hombre de Dios; vá á usted á pagar lo mismo por esa pierna, que parece una

caña, un castigo más bien, que por esta pantorrillita, que dá gloria verla?

El parlamento aleman no ha previsto este caso. Hay piernas y piernas.

Segun dicen, ha llegado á Madrid un catalan que quiere revelar al Gobierno un proyecto para que la Hacienda salga de apuros y dentro de pocos años nademos en la abundancia todos los españoles.

¡Bendito sea ese catalan!

Ese sí que es un catalan que vale por dos!

Entra en sus planes un medio para averiguar la riqueza del país, sin necesidad de empleados investigadores.

¡Bendita sea sea tu boca, amigo catalan!

Y propone tambien un nuevo sistema monetario, que haga desaparecer la confusion que resulta á la gente del pueblo, contando por décimas, centésimas y milésimas.

Hombre, aquí ya no estamos tan de acuerdo. Lo que más confunde no es el contar por milésimas, sino el no tener que contar.

Venga qué, y ya verá usted si contamos ó no contamos.

El telégrafo se muestra estos dias lacónico, pero rumboso.

Veinte mil prisioneros serán deportados á Nueva Caledonia. ¡Ole!

Cien hombres y siete mujeres salen de una prision; y ¡pum! son fusilados todos á la vez.

¡Esto es *canela*!

Un general francés ha mandado que se haga uso de las ametralladoras, cuando los fusilamientos sean en grande escala. ¡Eche usted guindas á la Tarasca!

Se han descubierto en las cloacas de París alambres eléctricos, por medio de los cuales se proponian los comunistas volar la ciudad.

¡Y el mundo en tanto sin cesar navega!...

Estamos en la época de los espíritus fuertes. Ya no es el oro, es el *aguarrás* el rey del mundo.

En cambio, los laborantes empiezan á aflojar, y toda la fuerza se les vá escapando en proclamas.

Una he leído de Agramonte.

Otra de Francisco Borrero.

(Aunque visto de lana, no soy *borrego*).

Otra de Camilo Sanchez.

(Muy conocido en su casa).

Otra de Máximo Gomez.

Y eche usted *jigos*.

La Revolucion ya no publica más que proclamas y cartas.

Borrero nos dice que acaban de hacerlo teniente general. ¡Oh, qué sorpresa, Leonor!

Y además, general en jefe del ejército libertador. ¡Qué Borrego, digo, qué Borrero tan feliz! Al otro ascenso que le dé, nos mata la emoción.

Camilo Sanchez anuncia á sus *valientes compañeros* que ya está otra vez entre ellos, después de algunos meses de enfermedad.

Parece que las medicinas le han probado bien, y vuelve á ser mambí.

Pues nada, si Camilo Sanchez está otra vez ahí, ya no hay más que hablar. Metamos la espada en el cinto y las manos en los bolsillos y démonos por muertos.

Y por enterrados.

En el terrado de mi casa, para que me dé el aire, estoy escribiendo estos párrafos; con que figúrese usted si estaré *en-terrado*!

JUAN PALOMO.

AQUÍ ESTOY YO (1).

¡Qué chusco es el señor Agramonte!

Hablo del Agramonte de más campanillas; del más empingorotado; del que hace más papel (aunque no tiene fábrica de esta manufactura) en aquella tierra feliz é independiente donde jamás se pone el sol.

Porque no tiene por donde salir ni por donde entrar.

Y porque tampoco es tierra ni es nada.

Y porque, tanto *por qué* vá teniendo el asunto, que no ha de faltarle, y no le falta, en efecto, mucha *porque-ria*.

De ese Agramonte es de quien hoy tengo que decir cuatro palabras.

Porque las merece.

Estaba ese caballero, sabe Dios dónde, cuando de golpe y porrazo y sin prevenirnos ¡zás! se plantó. . . . ¿Ustedes saben dónde se plantó? . . . —Yo creo que es á la otra puerta, como quien tuerce á la izquierda de la casa donde reside el *Poder ejecutivo*.

Eso es! allí mismo: dos puertas más arriba del *palacio* donde celebra sus sesiones la *Cámara de Representantes*.

Si con estas señas no se dan ustedes por satisfechos, son sobradamente descontentadizos.

Pues, señor; lo seguro es que se plantó de patitas, ni más ni menos, que en su destino de teniente general y generalísimo en jefe de las tropas insurrectas, y con un pié en el campo de batalla, otro pié en el campo de la gloria, otro pié. . . . —¿Les parece á ustedes que basta de piés, ó sigo contando? . . . —El corazón en un talego, la cabeza en un casco de calabaza y la lengua en las columnas de *La Revolución*, se ha dado á luz nuevamente, no sé si corregido y aumentado.

Digo que la lengua en *La Revolución*, porque de ella recojo las palabras del *intrépido guerrero* que dan lugar á estos párrafos sueltos.

Los redactores del papelucho insurrecto han cogido la lengua de Agramonte, y después de deliberar sobre si se la comerían ó nó, porque *una cosa es la amistad y el hambre es otra cosa*, la esprimieron como quien esprime una esponja, y salió un chorro de palabras, que puestas en correcta formación, hacen una proclama.

¡Ajajá! ya empiezan ustedes á comprender lo que yo quiero decir.

Como la cosa es extraordinaria, no me atrevía á decirle de buenas á primeras, exponiendo al piadoso lector á sufrir una emoción de esas de *primo cartello*, que vuelven los cabellos blancos en un periquete ó hacen saltar los botones del chaleco. Por eso anduve buscando rodeos, y ahora que he entrado ya en el camino recto, sin andarme con más preámbulos, podré decirlo.

Agramonte ha dado una proclama á sus tropas, y *La Revolución* la publica en Nueva York, para que se enteren los insurrectos que haya en las Sierras del Cobre ó en Najaza. Me parece que el medio no puede ser más ingenioso, ni más seguro.

Pero vamos á ver qué dice el héroe rival de Carlos Manuel.

Toda su perorata se reduce á las siguientes palabras: *aquí estoy yo*. A lo cual añade mi pluma: *porque he venido*.

Y punto redondo.

Pero, de dónde viene el marido del ejército libertador?

(1) Porque he venido.

¿Dónde estaba metido el general de la mujer más guapa del Camagüey? según dicen malas lenguas.

¡Anda, salero! Todo lo he trabucado.

El marido de su mujer, quise decir, y el general de su ejército.

¿Qué hizo de su cuerpo hasta ahora, que se cree obligado á avisar á sus valientes legiones que ya ha vuelto?

Si quieres, curiosísimo lector, cumplida respuesta á estas preguntas, no tienes que hacer más que llegarte á la *Residencia del Ejecutivo*—ya sabes dónde es—y allí te enterarán.

Porque eso sí, en los pueblos libres, como *Cubita idem*, la publicidad es el sistema de gobierno.

Pero si yo no puedo, por el pronto, aclarar tus dudas, me encuentro, sí, en el caso de seguir contándote lo demás que dice la proclama.

Ya me encuentro entre vosotros, dice, y ahora sí que vá de veras: el fin de la campaña se acerca—¡y tanto!—y aquí estoy yo para darle la postera mano.—Eso sí que es ya harina de otro costal!

Por supuesto que las tropas españolas, según Agramonte, ya no se ocupan en perseguir á los insurrectos, ni en batirlos, ni en cogerlos, ni en nada.

Para qué, si de victoria en victoria ha venido el ejército libertador á caer de nuevo en manos del *fusilador y ahorcador* de los suyos, Ignacio Agramonte, honra y prez de la mambisería y general de la mujer más rica, más noble y más bella del Camagüey, como tuvo la osadía de decir en una *sanjuanada* su dichoso *táctica*?

Ya volví á trabucar las especies! me confundo en cuanto se habla de mujeres insurrectas.

Como soy tan tierno de corazón!

Por lo visto, los españoles nos ocupamos solamente en pasear por los campos, y en cuanto una columna encuentra una partida insurrecta, se detiene, la mira, se sonríe, le dice: “á los piés de usted,” y sigue su camino, volviendo la cabeza de vez en cuando para echarle suspiros y demás objetos de *bisutería* del amor.

De este modo se hace hoy la guerra contra los insurrectos, y si alguien lo pone en duda, es como llamar embustero al señor de Agramonte, el más famoso caballero de las huestes cespeditas, el reaparecido caudillo de los libertadores y general en jefe de la mujer más guapa del Camagüey, mejorando lo presente.

Líbreme Dios de tener por embustero á un batallador de tantas campanillas!

Sin duda por eso, porque ya no tiene nada que hacer en la insurrección, ha escurrido el bulto Bembeta, después de varias tentativas infructuosas de presentación, y de un brinco se ha plantado en Nassau, y de otro brinco en Nueva York, donde tal vez espera encontrar enemigos que combatir.

Y si no los encuentra, no será por culpa suya, pues pone de su parte cuanto puede.

¡Que vayan, que vayan á los Estados-Unidos las columnas españolas, y si no las reduce á polvo, digo yo que no hay justicia en la tierra, ni amas de huéspedes en el cielo!

Ya los españoles estamos reducidos á la impotencia, según dice la proclama de Agramonte, y por eso tal vez, llenos de sentimiento, porque no tenían con quién combatir, se murieron Boza y Bouvilliers, fingiendo que los había atravesado una bala, con objeto de cubrir las apariencias y de no ofender el pudor de sus compañeros.

Mire usted como van descubriéndose todas las cosas! Lo que yo no acabo de descubrir, es el objeto de la proclama de Agramonte, cuando ya nada queda que hacer, ni los libertadores necesitan valor, puesto que no tienen á quien combatir, ni le es preciso darse á conocer á la gente, porque bien *calado* lo tienen ya.—¡Y tanto!

Esta es la duda que dejo en pié al soltar la pluma, gozoso de haber leído una proclama tan oportuna y tan magnífica, y satisfecho de haber contribuido á darla á conocer.

No sé si entre mis lectores se habrá despertado la misma curiosidad que dentro de mí bulle; pero si así fuese, el remedio es muy sencillo.

No hay más que dirigirse á la *Residencia del Poder Ejecutivo*; ya saben ustedes dónde es; allí donde Céspedes fecha sus escritos, como quien tuerce á la derecha, dos puertas más arriba.

Preséntense ustedes, preguntando por el camino, porque el que tiene lengua á Roma vá, y si no encuentran la susodicha *residencia*, podrémos de-

cir que no tiene formalidad, ni palabra, ni nada el general en jefe de la mujer más *rica*, más *noble* y más *bella* del Camagüey.

JUAN DE AUSTRIA.

EL INCÓGNITO.

Se dice que Céspedes está también aquí de incógnito.—(F. MERIDES.—*Teléfono de Nueva York*.)

Embozado hasta los ojos en luenga capa de paño, de Nueva York por las calles un sujeto vá marchando. Al primer golpe de vista (no sé si golpe ó porrazo) se comprende que es el hombre un valiente disfrazado.

Anda un poco y se detiene, adelanta cuatro pasos, vuelve á detenerse, y mira á las gentes de soslayo.

—Oiga usted,—dice al primero que cruza junto á su lado—oiga usted y no me venda mi secreto revelando:

yo soy todo un caballero, desde la frente hasta el rabo:

¿comprende usted, señor mío?

y de incógnito viaja.—

Y el incógnito se aleja cada vez más embozado,

cada vez más misterioso,

cada vez más cabizbajo.

—Voy de incógnito,—le dice á todo el que encuentra al paso;—

procure no conocerme,

ó sin remedio, le mato.

Y aquel hombre misterioso continúa caminando

unas veces calle arriba

y otras veces calle abajo.

Hay algunos, que curiosos,

se detienen á mirarlo,

y también algun perrillo,

la patita levantando,

lo saluda con afecto

alegremente rociándolo.

Y el hombre sin inmutarse

cada vez más disfrazado,

cada vez más pensativo,

cada vez más cabizbajo,

cada vez más misterioso,

cada vez más embozado,

vá subiendo calle arriba

ó bajando calle abajo.

Llega á una puerta y se pára,

dá tres golpes con las manos;

se abre una ventana al punto

y una mujer grita:—¡Carlos!

—Silencio; vengo de incógnito.

—¿Tú de incógnito?

—Está claro!

de incógnito, sí, señora;

pues no lo estás reparando

en el aire misterioso

que en todo mi cuerpo traigo?

—Esposo de mis entrañas,

yo quiero darte un abrazo.

—Abrazame, pero venga

un abrazo disfrazado;

pues los que somos *ilustres*,

de incógnito viajamos.

Y aquel hombre tan sombrío,

cada vez más embozado,

cada vez más misterioso,

cada vez más cabizbajo,

entró en la casa, y la *geta*

por la ventana asomando,

así que pasaba alguno

calle arriba ó calle abajo;

—Estoy aquí, le gritaba,

de incógnito, disfrazado:

no diga usted que me ha visto,

ó si lo dice, lo mato.

Y en la ventana seguía

cada vez más embozado,

cada vez más misterioso,

cada vez más cabizbajo.

JUAN DE LAS VIÑAS.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.
LAS DOS BARAJAS.
VII.

Mi pobre compañero de hospital, el mutilado alférez, saboreó la sopa, y al caer en su estómago la última cucharada, dejó escapar un profundísimo suspiro.

—Ese suspiro, le dije condolido, es una exhalación del alma que en este momento ha volado en busca de Adelina.

—¡Ay! nó, amigo mío; este suspiro es un triste quejido de mi estómago, que siente la necesidad; este suspiro es una protesta enérgica contra el médico, verdadero Pedro Recio de Tirteafuera, que me tasa el alimento, fundándose en que mi estado exige una media dieta. ¡Los médicos son una calamidad! ¿Qué tendrá que ver el estómago con las piernas?

—¿Y Adelina?

—Ahora irémos en busca de ella; cuando el estómago se abre, se cierran las puertas del corazón. El amor es incompatible con el hambre.

—Volvamos á nuestra historia.

Encendió D. Félix Pacheco un fósforo, cogió con los labios un tabaco, y entre chupada y chupada, siguiendo con la vista las espirales del humo, me dijo:

—Adelina vivía enfrente de la Soledad, y esto me hizo comprender que oíría misa en la iglesia vecina; allá me fui al siguiente día de la función en *La Filarmónica*, que era domingo; apenas amaneció, me instalé en el templo, disputando la devoción á las beatas madrugadoras, que me miraron de reojo, extrañando sin duda que un jovencuelo con uniforme asistiera á la fiesta de precepto á hora tan desusada; oí siete misas, sin que apareciera Adelina; pero cuando me iba desesperando, mejor dicho, desesperando, la ví entrar con las elegantes princepeñas que, como en todas partes, escogían la hora de la concurrencia, probando que iban á la iglesia más para que las vieran que para orar con el debido recogimiento.

—Me gusta oír de los labios de usted esa consideración tan cristiana, le interrumpí.

—Hago siempre justicia á los sentimientos, por más que como jóven, ceda á las exigencias de la sociedad en que vivo. Y esto prueba á usted que la juventud del día no es tan descreída y tan casquivana como se supone.

—Pero á pesar de esto, quitó usted aquel día la devoción á Adelina?

—Me arrepiento de mi torpeza, amigo mío; y me arrepentí desde el primer momento, porque como no tuve la fortuna de colocarme á la derecha de Adelina y de su madre, fui el blanco de esta, cayendo sobre mí el ojo que le sobraba, según la feliz expresión de Moratin al hablar del tuerco don Gregorio, en su comedia *La escuela de los maridos*. La buena señora no atendió á la celebración de la misa para vigilarme, aunque como le llevaba la ventaja de ver doble, puesto que poseía dos ojos, con uno miraba al altar, y con el otro á Adelina, que hacía exactamente lo mismo que yo, sin que á pesar de nuestro estudiado sistema telegráfico, dejara aquella de interceptar la corriente eléctrica de nuestras almas.

—La madre de Adelina, ¿por qué se opondría á la pasión de usted por su hija?

—Es fácil adivinar; la madre veía mi pasión por el prisma de sus cuarenta años; y al través de ese prisma, el ángulo y la estrella de mis brazos no daban por resultado más que una exigua cantidad de pesos al mes, con la cual no compra aquí una mujer ni soga para ahorcarse.

—Pero ella, ¿no era rica?

—Eso no cabe en los cálculos de una madre, mi buen amigo; en los tiempos de perfecta igualdad que alcanzamos, el hombre debe aportar al matrimonio otro tanto que la mujer; y es lo menos que se exige al pretendiente. Desde luego comprendí que aún sin ser tuerca la madre de Adelina, no le hubiera yo entrado por el ojo derecho; y como este le faltaba, aseguro, sin temor de equivocarme, que no le entré por el ojo izquierdo.

—Entonces, observé riéndome, la pobre señora se daría al diablo en la iglesia.

—Justamente; y tuvo la crueldad de tirar á su hija algunos pellizcos para que no mirara más que al cura, sin considerar que ella también cumplía fielmente con el refrán, pues no me quitaba el ojo.

—¿Es usted mal enemigo, don Félix?

—Fui cruel con la madre; ¿podría hacer otra cosa un hombre que estaba enamorado de la hija, y que sobre todo, llevaba cinco horas de rodillas por esperarla? Salimos de la iglesia. El calor, la debilidad que sentía, pues aún estaba perfectamente en ayunas, y la postura, me aflojaron las piernas; apenas puse el pié en la calle, noté que me daban vértigos, y tan fuertes, que en el momento de pasar por delante de mí, no ví á Adelina, ni á su madre; sólo entre las nubes del mareo, me pareció que entrevía un ojo lanzando rayos de fuego. Apoyéme contra la pared, y aprovechando un momento de firmeza aparente, atravesé la calle, yendo á caer desmayado en el zaguán de la casa de enfrente.

—¿En la casa de Adelina?

—En su misma casa.

—¿Qué atrevimiento!

—No oí el grito que ya en el patio dió Adelina al verme caer como un saco de papas que se desprende de los hombros del cargador; no oí la exclamación de la madre, que debió ser trágica; ni siquiera sentí el dolor que me produjo la caída al dar mi cuerpo contra las ruedas del quitrín, cuyas consecuencias me avisaron después las contusiones que recibí. El padre de Adelina, que estaba en el comedor leyendo el folletín del periódico *El Fanal*, alzó los ojos, y al ver un jóven oficial tendido en el zaguán, dió voces, acudiendo con sus negros á levantarme, y me prodigó toda clase de cuidados y de atenciones para que volviera en mí.

—¿Y Adelina? pregunté con interés.

—Mientras estuve privado, comprenderá usted que no puedo decir categóricamente lo que hizo ni lo que pensó, pero cuando recobré los sentidos, la ví en el patio, á cuatro pasos de mí, apoyada contra el verde tronco de un plátano, cuyas anchas hojas daban sombra al agua encerrada en uno de los robustos tinajones, característicos del país; estaba tan pálida, que á no haber yo robado la atención de todos, hubiérase creído que era ella la que había sufrido el delirio. La contemplé con mis lánguidos ojos y le envié una mirada de amor, dedicando de paso una expresión de profunda gratitud á la Providencia por haberme quitado el sentido tan oportunamente, proporcionándome con esa desgracia la ventura de introducirme en su casa.

—¿Y la madre? ¡Estaría hecha un basilisco! exclamé.

—Aparenté no verla; pero su ojo fué lo primero que se dibujó en la retina de los míos cuando los entreabrí; calcule usted mi sorpresa, pues en aquel instante no me daba cuenta de lo que había pasado por mí. La tuerca no se acercó á informarme de mi estado, y tuvo la prudencia de callar para que su marido no se alarmara con mi entrada en la casa; pero demasiado daba á entender que se había puesto en guardia para hacer frente á las consecuencias naturales de aquella fatalidad, que como tal debía considerarla.

—No hay mal que por bien no venga.

—Así dije yo; y deshaciéndome en demostraciones de gratitud con el padre de Adelina, el cual, no sospechando nada, como no sospechan nunca los padres ni los maridos, se empeñó en que aceptara un asiento en su mesa, preparada ya para el almuerzo. ¡Bendito desmayo!

—¿Y aceptó usted, á pesar del ojo de la madre?

—Tuve el heroísmo de aceptar, á pesar del ojo; verdad es que además de la atracción que Adelina ejercía sobre mi alma, había llegado á mi estómago el olorillo del aporreado y de unas costillitas de cerdo que habían puesto sobre la mesa; entónces compartía mi amor con las exigencias de la inanición que me había producido el desmayo.

—¿Y comió usted, teniendo al lado el objeto querido?

—Me explicaré. La fortuna hizo que el padre conociera los deberes de la etiqueta, y me sentó á la derecha de su esposa, poniéndome por tanto fuera de los tiros de su ojo izquierdo; y me colocó enfrente á Adelina, cuya vista despertó en mí un apetito de gañán.

—¿Qué extraño es eso! Los enamorados se alimentan con ilusiones; en el lugar de usted, otro se hubiera contentado con mirar.

—Pues yo, en mi lugar, hice los honores á todos los platos, que eran muchos, y me manifesté tan servicial con la madre, que allá en sus adentros debió decir que era lástima que fuera yo alférez, y sobre todo, peninsular.

—¿Cómo es eso?

—A su tiempo me explicaré; baste anticipar á usted que la buena señora profesaba un odio mortal á los españoles, odio que ha sido causa principal de la desgracia de la familia.

—Y Adelina, ¿comió?

—Muy poco; las mujeres toman por lo patético sus impresiones y riñen con el estómago, vecino indiscreto del corazón, que se burla de las impresiones de éste.

—¿Y no le causaría disgusto ver que usted comía tanto?

—Sí; pero á su tiempo tuve cuidado de convencerla de que aquel día había comido mucho para que su madre no sospechara. Y lo creyó; ¡pobrecilla! Las mujeres creen todo lo que les conviene. Cuando acabó el almuerzo, repuesto de mi delirio, conocí que debía abandonar la casa y dar expresivas gracias á todos; estuve elocuente, sobre todo con la madre; pero esta se encerró en su reserva hostil, y correspondió á mis galanterías deseando que no tuviera consecuencias el golpe que había recibido: frase que le devolví, mirando de reojo á Adelina, para asegurarle que cualesquiera que fuesen las consecuencias de mi golpe, lo daba por bien recibido, puesto que me había proporcionado la ocasión de ofrecerles mis respetos. El padre, que por fortuna, no estaba en autos, como decirse suele, me abrió por segunda vez las puertas de su casa; y apresuréme á decirle que tendría un verdadero placer en visitarla y en mostrarme agradecido á los cuidados que debía á toda la familia. A Adelina nada le dije; ¿qué había de decirle? Aprovechando la excelente costumbre importada de Francia, le estre-

ché la mano, y en aquel estrechón le dejé mi alma, suplicándole que no me olvidara.

—Es usted intrépido y afortunado, aunque noto que compra á caro precio el triunfo de sus conquistas.

—Lo que mucho vale, mucho cuesta, amigo don Juan. Apenas puse el pié en la calle, sentí las primeras insinuaciones del dolor producido por el golpe; en el brazo izquierdo y en la cadera encontré al día siguiente unos magníficos cardenales en forma de arco-iris: la rueda del quitrín había quedado grabada en mi carne, pero qué me importaba? Más hubiera sufrido por la dicha que la suerte me había proporcionado á cambio de un costalazo. Como usted comprenderá, soy hombre que sabe aprovechar las ocasiones; ya estaba instalado en casa de Adelina, y veía el porvenir de ese color de rosa con que se presenta á los ojos de los enamorados.

(Continuad.)

JUAN-SIN-TIERRA.

EN UN BANQUETE DE BODA.

Dos caminos tiene el hombre en este pícaro mundo: hacer el papel de César, ó hacer el papel de Bruto. César llega, vé, y se casa, rinde á la familia culto, y es marido, padre, abuelo, y *aínda mais*, si vive mucho. Bruto libertad predica en la plaza y el tugurio; no conoce más cadena que la de un reloj que tuvo, y por ser libre, asesina del corazón los impulsos. Los abrojos del primero son flores para el segundo; pero aquel es el que fuma, y éste el que se traga el humo.

Gala de la soltería yo fui más de siete lustros; y si hay mancebos difíciles, era yo de los mayúsculos. Odié tanto la *casaca*, que ni por fuerza ni gusto consentí ser miliciano las tres veces que los hubo, desde el cuarenta inclusive al actual setenta y uno. No es, sin embargo, que fuera mi vocación de cartujo, ni que el travieso Cupido no me cobrara tributo; pero ser libre, ser libre era mi sueño, mi orgullo, y esta suprema ventura me halagaba hasta tal punto, que los tesoros de Crespo, y los manjares de Lúculo, y el talento de Demóstenes, y la fuerza de Saturno, que es la fuerza... digestiva que conozco de más bulto, nada envidia me causaba ni emulación ni disgusto. Mas cátese que una tarde, no sé si de Mayo ó Junio, se enredaron con los míos unos ojillos oscuros, y olvidando mi programa, exclamé: ¡Señor, sucumbo! Y aquí me tienen ustedes de César cantando el triunfo, y aconsejando á los hombres, sean solteros ó viudos, que no se olviden de César y que dejen de ser Brutos.

Madrid, 1871.

MANUEL DEL PALACIO.

Escuche usted cuatro palabritas al oído, señor lector.

Si quiere usted excelentes vinos de Valdepeñas, Aragón, Cariñena, de la Mancha, Jerez, Málaga, Sanlúcar, Zaragoza, Acebra, etcétera, acuda á *La Zaragozana*, nuevo establecimiento que se acaba de abrir en la calle de San Rafael, número 34, entre la del Águila y calzada de Galiano.

Su propietario, D. Enrique Asensio, se propone servir al público y atraerse parroquianos.

JUAN PALOMO, que es poco amigo de recomendaciones, no vacila en infringir su propósito para recomendar este almacén. —¿Con que figúrese usted!

No olvidarse de que se llama *La Zaragozana*. —¿Estamos?



NAP.—Tres únicas candidaturas hay para la Francia: la mía, la emperatriz regente ó el príncipe imperial. Ya veis que no soy ambicioso y que os doy á elegir.

Ayuntamiento de Madrid



Como!.... todos se van?.... tambien Bembeta?
Pues entonces preparo la maleta.



Un consejo.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 31 DE MAYO.

Me río yo del "libre socialismo," de la "república universal," del "comunismo," del "socialismo" y de todos los *ismos* habidos y por haber, incluso los de Suez y Panamá, ante la gravedad del problema que tratan de plantear en este país los partidarios del "amor libre."

Ahí tienen ustedes una teoría que sólo al pensar que puede llegar á realizarse, me convierte en caramelo.

¿Será posible que llegue un día en que no habrá papás ni mamás que le hagan á uno el coco, ni rejas que se interpongan entre el amante y el objeto amado, ni melindres ni escrúpulos que se le atraviesen á uno, ni sobre todo, ese terrible espanta-pájaros que se llama la opinión pública, que está constantemente atisbando la caza para asustarla?

Pues ese día se acerca, Juanillo de mis entretelas, se acerca á pasos agigantados, y no se pasará mucho tiempo sin que la gran República modelo se halle convertida en un inmenso valle de Oneida, donde el amor será un artículo libre de todo derecho.

¡El amor libre!

¿Has meditado bien lo que significan estas palabras?

Es la apoteosis de todas las libertades.

Es la libertad elevada á la última potencia.

Es el libre cambio de los afectos.

Es el comunismo del cariño.

Es el socialismo del placer.

El siglo XIX corre de una manera espantosa, y no es extraño; pues, según Nostradamus, en el año de 1886 acaecerá el fin del mundo.

Las predicciones de este célebre nigromántico se han cumplido al pie de la letra, incluso la ruina de la Francia y la devastación de París.

El curso que van tomando las ideas, corrobora el vaticinio de Nostradamus, de que el fin del mundo está cercano.

Todos los problemas que ha planteado la calurienta imaginación del hombre, han de resolverse rápidamente para que haya lugar de probarlos todos ántes de la gorda, que nos trae el año de 1886.

Hay en el orden de las ideas y de los sucesos una correlación maravillosa.

Se ha dado la libertad á la prensa, al pensamiento, á la palabra; ahora se trata de dar libertad al amor y de romper las cadenas del matrimonio, que es la esclavitud que ha tenido mayor número de víctimas.

Dar libertad al tirano más déspota que han tenido los hombres, ¿no es esto un prodigio de generosidad digno del siglo XIX?

Mientras en Inglaterra descubre el doctor Drawin que nuestro padre Adán fué un mono, en los Estados-Unidos se empeñan algunas doctoras.... en humanidades, en que el amor debe hacerse en lo sucesivo á la usanza de los monos.

Creen ellas que esta es la mejor manera de que no les peguen mico.

Porque, horripíense ustedes, los defensores más acérrimos que tiene aquí "el amor libre" son mujeres.

Mujeres, que sólo sabemos que lo son, porque ellas nos lo dicen, pues ni por su cara, ni por sus maneras, ni por su lenguaje, ni aún por su modo de vestir, pudiera nadie adivinar que pertenecen al bello sexo.

Si se proclama el *amor libre*, bien podemos exclamar: "¡De mujeres de esta clase, *libera nos, Domine!*"

Algunos hombres pacatos creen que esas mujeres abogan por el amor libre, porque están convencidas de que aún cuando se pusiera en práctica esa teoría, su misma fealdad sería el baluarte de su virtud.

Crear que esas mujeres puedan tener virtud, es hacerles un favor que no merecen.

Es un mentís á sus aserciones, que ellas no pueden menos de recibir como el insulto más descarado, porque decirles que tienen virtud, es decir que no creen en el amor libre.

Todas estas consideraciones me ha sugerido la aparición de un libro titulado *Hit*, que acaba de brotar de la pluma de la doctora Mary E. Walber, cuyo nombre, vertido al castellano, significa doña María Andante.

Doña María Andante es un marimacho, y poco le falta para ser un mamarracho completo.

Pertenece á la familia de los *Bloomers*, que es una especie de hongo venenoso, que aboga por la reforma del traje en la mujer.

Doña María Andante, fiel á sus teorías, que le han trastornado el cerebro, si es que nunca lo tuvo ese adefesio, anda por esos trigos revestida con pantalon, blusa y chambergo, atrayendo las miradas de los transeúntes, la sonrisa de los cuerdos y alguna que otra pedrada de los chiquillos.

Ridiculiza el traje de la mujer, maldice los corsés, repudia las enaguas, impreca las faldas, execra la crinolina, anatematiza los moños y otros postizos, y se ha constituido en figurín de un nuevo difraz, que es de lo más ridículo que puede darse.

Imagínense ustedes que ese mascarón Andante es un fideo, tiene cara de garbanzo y es chiquita como un chícharo; un fac-símile de doña Emilia.

Vistan ustedes ese maniquí con una especie de camisa, con mangas y piernas, todo de una pieza, que es la única ropa interior que lleva; cubran esa desvergüenza con un par de pantalones de hombre que se sujetan por medio de tirantes ó abotonándolos al ropaje interior innominado, á fin de no apretar la cintura (que es el prurito de todas las partidarias del amor libre;) pongan sobre eso una especie de blusa que cuelga hasta las rodillas y que tapa el talle (otro requisito para la práctica de aquella teoría); coronen ustedes esa caricatura con un chambergo, y caten pintiparada á doña María Andante, doctora en medicina, reformadora de la mujer y abogada del amor libre. Ese caballero andante ha lanzado al público su libro *Hit*, á fin de hacer propaganda entre las mujeres para que sigan el ejemplo que ella les dá, se disfrazen con aquel engendro sastreril y se echen á practicar el amor libre con el primero que les salga al paso.

Pero, señor, ¿hay necesidad para eso de quitarnos los pantalones?

¿No pudiera haber ideado ese mari-macho andante otra pieza más original para cubrirse las cañas sin ir á despojar al sexo fuerte del emblema de su supremacía?

¿Es envidia ó caridad este reparto general de pantalones?

¿O es que se proponen ustedes, señoras Andantes, salir por esas tierras en busca de aventuras?

En este caso, es muy factible que oigan ustedes á cada paso: *¡vade retro, Satanás!*

Supongo que irán ustedes capitaneadas por doña Emilia, porque ella se pinta sola en esto de ponerse los pantalones.

Es la cabecilla más apropiada para un ejército de descamisadas.

JOHN BULL.

MADRID, 13 DE MAYO.

Sr. JUAN PALOMO: Mi querido amigo: se representa por los filibusteros aquí, muy al vivo, una parodia del *Enano de la Venta*.

Todos los días dicen:—*mañana es la cosa*.

Y la cosa es una insurrección republicana ó carlista para variar el actual estado de cosas, que no aparece jamás en el mañana que se cita.

Abundan los emisarios filibusteros de esa en esta corte, y la consigna y el santo y seña es una asonada, para que la Junta de Nueva York tenga base en que apoyarse en los desembarcos que intenta, después de esparcir la voz entre los anglo-americanos de que aquí vivimos en perpétua anarquía.

La asonada no vendrá, y si viene, será sofocada como lo merece: con rapidez, con energía y sin consideración.

Circulan entre los carlistas muchas copias litografiadas de la carta que don Carlos de Borbon ha dirigido á Aldama, contando ya con la isla de Cuba.

Circulan también manifestos de una junta republicano-cosmopolita, fechadas en Tejas, en Nueva Orleans, en Nueva York y en Washington, firmada por un Johnson, un McCand y un Brown imaginarios, en los que se asegura que pronto Europa será republicana, y España constituirá el centro federal de la gran confederación latina y sajona.

La trama es demasiado clara, y por sus mallas se divisa la torpeza inaudita de los renegados de Cuba.

Prévia la seguridad que doy á usted de que el orden está afianzado por completo, añadiré que la popularidad de la dinastía es cada día más notable y más amplia.

El día 2 de Mayo, famoso para este pueblo en los anales heroicos de España, el rey, vestido de Capitán general, con toison y gran cruz de Carlos III, presidió la comitiva patriótica, que del palacio consistorial se dirigió al monumento del campo de la Lealtad, consagrado á la memoria de Daoiz y Velarde.

Madrid entero se asoció á la fiesta: formaron de gala ejército y voluntarios, y la comitiva se compuso de cuanto más notable encierra la capital de la gran nación española.

Únicamente no concurrieron los diputados y senadores carlistas y republicanos federales.

El día 2 de Mayo, por la tarde, tuvimos espectáculo en la calle de Alcalá.

Los federales y los descontentos que constituyen la *Internacional*, se reunieron en un café para protestar del recuerdo del día.

Llamaron estúpido al pueblo español, cobardes y absolutistas á Daoiz y Velarde, y encomiaron á la asquerosa y sangui-naria *Commune* de París.

El pueblo, que tenía noticia del pensamiento salvaje de los junteros, pues pretendían derribar á tiros el obelisco del campo de la Lealtad, y demoler el arco de Monteleón, recuerdo glorioso de la resistencia de 1808 á las legiones de Murat por parte de Daoiz, Velarde, Ruiz y el pueblo; el pueblo, repito, penetró en el local, é indignado de la salvaje audacia de aquellos caribes, á puntapiés, á puñetazos y á palos hizo

desocupar el café á los oradores, sin que por eso se alterara el orden.

Figúrese usted cómo andaría la cosa en los momentos en que se inició la discusión, que Romualdo Lafuente y Roberto Robert, republicanos de buena fé, que quisieron ensalzar la memoria de los héroes del 2 de Mayo, en 1808, tuvieron que callar y huir, porque por poco los estragulan los socios de la *Internacional*.

—¿Y qué es la *Internacional*? me preguntará usted.

La *Internacional* es una sociedad comunista-atea-perturbadora-disolvente, establecida en Madrid, París, Londres, Bruselas y algunas otras capitales de Europa.

Su profesión de fé, sancionada por la *Commune* de París, hoy Comité de salud pública, es:

No hay Dios:—abajo la propiedad:—abajo la familia:—abajo las afecciones:—el individuo es la única entidad social:—la autoridad procede de la anarquía:—los recuerdos nacionales son mitos que deben desaparecer:—el patriotismo es una utopía:—ya no hay naciones:—el mundo es la patria del hombre:—el número, el guarismo, su distintivo:—el que se llamaba Juan, Pedro ó Antonio, se conocerá por el socio 2,000, 30,000 ó 5,000,000

Esa es la *Internacional*: es decir, algo mucho, porque Cabet, que Fourier, que Proudhon: es decir, la guerra á la familia, al trabajo y á la propiedad: es decir, la glorificación de la embriaguez, de la holganza, la prostitución, el vicio y la desnaturalización de los humanos afectos.

Entre esos hombres aparecen los filibusteros, disfrazados con blusa y gorra y el consabido Partagás ó la rica breva de Jané y Gener en los labios.

Hé aquí los enemigos de ustedes y nosotros: contra ellos se levanta la nación en masa; contra ellos el espíritu público; contra ellos la Europa, que teme en Inglaterra á los fenianos; en Bélgica á los apostólicos; en Francia á los esbirros de Rochefort y Cluseret; en España á los asesinos glorificadores de Paul y Augulo y la hez social del país.

Pronto dará á usted más detalles, su leal y buen amigo,

JUAN LORENZO.

BOCETOS A LA PLUMA.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Manuel Fernandez y Gonzalez es un verdadero personaje de novela: más aún, es una continua novela en acción.

Andaluz de pura raza, criado en medio de los cármenes granadinos, hay en su paleta los brillantes colores de un cielo del que toman sus matices las flores y su radiante luz los ojos de las andaluzas.

Por eso cuando pinta, fascina; por eso cuando lee uno sus animadas páginas, crée hallarse en medio de una vegetación tropical, bajo un cielo de fuego.

Mucho trabajo ha de costar á los biógrafos del novelista saber el día en que nació: estoy seguro de que se le ha olvidado á él mismo este precioso dato.

Ello es, que después de haber hecho las diabluras de cajón, de haber dado serenatas y de haber pelado la pava con las hermosas granadinas, cayó soldado ó sentó plaza, que yo no sé de fijo lo que pasó, y de cuartel en cuartel, de patrona en patrona, montando potros bravos, riñendo y haciendo paces; en una palabra, viviendo esa vida militar, tan rica de emociones, llegó casi al mismo tiempo al grado de sargento en la milicia y al de quinto en la novela; pero como los soldados de Napoleon, llevaba en la mochila el baston de mariscal.

Este baston era *La Mancha de Sangre*, su primera novela, su primera batalla!.... Poco después de haber visto la luz esta obra de su felicísima imaginación, abandonaba el ejército con la cruz laureada de San Fernando en el pecho, y entraba en la república de las letras, en donde le aguardaba el cetro de la novela.

Hay, sin embargo, un escritor de mucho ingenio, que no ha querido todavía darle carta de naturaleza. Cuando se anuncia una novela suya:

—¡Es mucho cuento! exclama.

—¿Qué? le preguntan.

—Nada.... que sigue haciendo de las suyas el sargento Gonzalez.

Hay alguna injusticia en esta apreciación.

Durante algunos años, escribió poco menos que de balde, pero no tardó en alcanzar reputación, y lo que es más, popularidad.

Desde entonces se hizo pagar más caro: pero aunque ha escrito y publicado más de 200 tomos, aunque ha ganado mucho dinero, aunque gana anualmente de 9 á 10,000 duros, no es rico, porque es muy generoso.

Su vida literaria puede resumirse en breves líneas; escribe ó dicta diariamente tanto como dinero necesita.

El editor Guijarro le ha tomado durante algunos meses original por valor de 1,000 rs. diarios.

Su imaginación es de una fecundidad pasmosa; no sólo escribe, sino que habla novelas.

Pasar dos ó tres horas con él en el café, oírle contar los episodios de su vida, es lo mejor que puede hacer el que quiera distraerse por poco dinero.

Es más barato que las entregas á cuartillo de real.

Su vida era metódicamente desarreglada.

Se levantaba á las doce de la mañana, conversaba con su estado mayor, dos ó tres escribientes, que eran su mano derecha; dictaba un par de entregas, mandaba enganchar, y llevaba el trabajo á los editores.

Después visitaba dos ó tres cafés, de cuando en cuando aparecía en los teatros, y á lo mejor se perdía de vista.

Estas ausencias indicaban que estaba dedicado á los trabajos de exploración en los barrios bajos.

Nadie ha pintado como él esos tipos de manolos matones gitanos, *mozas cruas* y demás familia.

En cambio, cuando quiere bosquejar una figura bella, pura, imaculada, el color de su paleta es demasiado fuerte.

Acaso consiste esto en que su imaginación está siempre á una temperatura de 50 grados sobre cero.

Hé aquí ahora su retrato.

Figuraos un hombre de elevada estatura, una figura arrancada de un cuadro de la Edad media, y vestido con un traje contemporáneo. Buscad su cabeza y hallareis, bajo una poblada cabellera, que al caer por detrás recuerda las célebres melenas del romanticismo, una frente espaciosa, unas facciones, que sin ser extraordinarias, forman un conjunto original. Sus ojos, casi apagados ya, por el exceso del trabajo, proyectan una sombra especial en su rostro.

Desde luego se adivina detrás de aquella frente algo extraordinario, en aquellas facciones se nota un claro oscuro; la imaginación y la pasión.... Pero cuando se anima, cuando habla, cuando refiere algo, cuando discute, entónces su rostro parece un espejo en donde se reflejan todas las sensaciones de su alma.

Su fisonomía es el estilo de su frase.

Discute, y sus ojos brillan como el relámpago y su voz suena como el trueno.

Habla, y su voz toma el colorido de lo que cuenta: es téntrica si describe tristezas, parece un gemido si refiere lástimas, llora y rie, canta y desafina, pero es siempre entusiasta, siempre pintoresca.

Nada más agradable que su conversación.

Para todo halla en su imaginación soluciones nuevas, y lo mismo discute sobre un tema político que resuelve una cuestión económica, lo mismo describe una enfermedad que explica una receta culinaria. Es tal, que si le oís y se empeña, os convence de que ha encontrado la cuadratura del círculo.

Por efecto de su mismo genio, es desarreglado en la forma. Algunos le han calumniado diciendo que halla la inspiración en el fondo de las copas de rom.

No es cierto: Fernandez y Gonzalez es sóbrio y frugal.

¡Cuántas noches le han visto sus amigos comer modestamente en algunos de los cafés de Madrid, mientras que le esperaba en su *hotel* una abundante comida!

He dicho en su *hotel*, y esto merece una explicación.

Fernandez y Gonzalez ha habitado un *hotel* ó palacio en el barrio de Argüelles.

¿Y saben ustedes por qué ha vivido allí? Por sus siete perros.

El célebre novelista adora los perros; tenía siete, cuya filiación referida por él era un capítulo de novela; los caseros de Madrid no le querían, y él dijo:

—No quieren los caseros daros casa, pues yo os daré un palacio.

Se fué al barrio de Argüelles y alquiló uno de los palacios más lindos del nuevo barrio.

Yo estuve á visitarle hace tiempo; acababa de mudarse, y aún no había concluido de amueblar las habitaciones.

No sé cómo estarán hoy aquellos lindos gabinetes, aquellas espaciosas salas; pero aunque los hayan adornado los mejores tapiceros del mundo, no habrán logrado que produzcan el efecto que los proyectos del novelista produjeron en mí.

—Este salón, decía, tendrá una sillaría dorada, de seda carmin, el cortinaje de lo mismo, los transparentes representarán odaliscas, los candelabros serán de oro con esmaltes azules..

La sala estaba desierta.

—En este gabinete pienso hacer un jardín artificial: en medio un ramillete con magnolias, enredaderas á todo su alrededor, tiestos y canastillos suspendidos del techo, peceras, fuentes de alabastro, estatuas....

El gabinete estaba como la sala.

Recorrimos todas las habitaciones, en general desiertas todavía, porque no se improvisan los muebles de un *hotel*; pero aunque hubieran sido de oro y brillantes, no me hubieran fascinado tanto como las descripciones proféticas con que adornó el novelista su palacio. Nada faltaba allí: sala de armas, biblioteca, oratorio....

He dicho ántes que Fernandez y Gonzalez es generoso.... No hay criados más regalados que los suyos.

No entraba una sola vez en el café sin mandar al mozo que llevase á su cochero una taza de café ó un refresco.

Pero ¿qué más? Una noche acababa de tomar café con un amigo, y guardando dos terrones de azúcar....

—Estos son para mi *Pastora*, dijo: la pobrecilla los estará esperando ahí fuera.

El amigo creyó que se trataba de alguna hembra: era la yegua, la *Pastora*, animal inteligente, que se paraba sin que se lo mandasen delante de las casas de los editores de Fernandez y Gonzalez.

La historia y las consecuencias de una de sus poesías premiada por la Academia, es demasiado conocida.

Pero considerémosle bajo otro punto de vista.

A cada instante brotan de los labios de Fernandez y Gonzalez frases dignas de ser citadas.

Hablando un día de un saste célebre:

—Es capaz de hacer un gentil-hombre de un mozo de corral, dijo para elogiar su tijera.

Bastan los rasgos que he contado para caracterizarle; pero aún referiré otro.

No sé con qué motivo se vió un día sorprendido por la visita de dos personas que iban en nombre de un adversario suyo á desafiarle.

Ya he dicho ántes que apenas vé.

Desafiar á un hombre que se halla en este estado, es poco generoso.

Fernandez y Gonzalez no rehusó el lance.

—No tengo inconveniente en batirme con ese hombre, dijo á los padrinos; pero ha de ser con esta condicion. Nos encerrarán á los dos en un cuarto completamente á oscuras y sin más armas que los puños, y no abrirán la puerta hasta que llame el que quede vivo.

Los padrinos se retiraron; el adversario está todavía asustado de la proposición.

Su vida está llena de anécdotas por ese estilo.

El día ménos pensado publica sus *Memorias* como Lamartine, y si tal hace, encontrará gran número de lectores: lo que no encontrará de seguro es un país que le dé, como al poeta francés, lo necesario para pagar sus deudas.

¡Bien es verdad que si no lo tiene, para nada lo necesita!

Hace un año que ha regresado de París, y sigue escribiendo novelas; pero ha perdido, si no el talento, una buena parte de sus brios.

Apénas se le vé ni se le oye.

Su última obra es *El Rey de Sierra Morena*.

Madrid, 1871.

JULIO NOMBELA.

TAL PARA CUAL.

¿Con que es cierto, Dios clemente? ¿Con qué el bello paladin de la *estrella solitaria* fué á buscar un consuelo en el *refugium peccatorum* de la mambisería? ¿Con que

el terror de los *patones*,
el ponderado *Bembeta*,
pidió auxilio á sus talones;
es decir, tomó soleta?

¡Ah! ¡Oh! ¡Uf....

¡Déjeme V. respirar, hombre, que hay cosas que no son para ménos.

Pero, señor: ¿qué motivo habrá tenido el *general* Varona para tomar las de Villadiego? ¿La *mieditis*?

¡Cá! nó, señor. El lema del famoso Bayardo, era: *Nunca conocí el miedo*; y ya sabemos todos que Bembeta es el moderno Bayardo (Trasposición se llama esta figura.)

Díganlo si nó sus brillantes hechos de armas de Sabana-Nueva, el destacamento de San José, defendido por ochenta ó noventa catalanes casi todos enfermos, y el campamento de Punta Pilon.

En el primer punto, había ciento y pico de hombres de infantería y caballería.

Pues bien, nuestro *héroe*, acompañado solamente de tres mil hombres, (tres mil hombres solitos, entiéndase bien), sorprendió el destacamento, después de un *rehidísimo* combate.

En el destacamento de San José había, como decimos más arriba, unos cuantos catalanes, la mayor parte debilitados por las calenturas. Lo sabe Bembeta, y qué hace? Se pone al frente de dos mil hombres (flor y nata de los guerreros de *Cubita libre*), llega á la vista del fuerte y pide parlamento: (las precauciones ante todo). Se le concede, y él entónces dice con voz sonora, (me figuro que sería con voz sonora): “¡Catalanes, soy D. Bernabé Varona, brigadier de los *ejércitos* (!) de *Cuba libre*, y vengo á que me entreguéis el fuerte y las armas, (hombre, pedir tanto era pedir gollerías). Si así lo haceis, os perdono la vida. (¡Oh generosidad del moderno Bayardo!)

El Coronel Saenz de Tejada, que mandaba el campamento, estaba, por lo visto, en humor de entregar cuanto se le pidiera, y exclamó:

“¡Sí señor, con mil amores! Pero ántes ahí vá eso.”

Yo no sé lo que sería *eso* que decía el valiente coronel, pero sí sé que los *ejércitos* de Bembeta, volvieron grupas, diciendo: ¡piés, para que os quiero?

Lo de Punta-Pilon fué todavía más brillante.

Como en este campamento había tres compañías de Ligeros de color, era preciso andarse con tiento. Así es que se reunieron tres *divisiones*. La de Jordan, la de Quesada, la de Bembeta, y tres piezas de artillería al mando de Beauvilliers. Se arma el fandango, y después de unas cuantas horas de fiesta, los *generales libertadores*, incluso nuestro Bayardo, *perdonaron la vida* á aquellos morenitos, recibiendo de estos, en

muestra de gratitud, muchos y buenos porrazos y coscorrónes del género *remington*.

Por el hilo se saca el ovillo.

Quiero decir, que estos tres *hechos de armas* pueden dar una idea de las excelentes dotes de mando y de valor del joven *general* Varona.

Es, pues, consiguiente que no es la *mieditis* el motivo de su *julda*.

¿Será la necesidad de reposo? Nó, señor. Es incansable, infatigable y hasta impermeable.

¿Será que haya ido en comisión del servicio? Tampoco, porque para esas comisiones están los ayudantes de campo de sus *excelencias ciudadanas*, y en *Cubita libre* hay de sobra ayudantes de campo, porque allí toda la batalla se vuelve ases.

¿Será el deseo de dar las gracias por sus buenos oficios á las *ricas fémbras garridas*, que componen la Liga? No lo creo, Bembeta es muy *prudente*, y como su *partida* al Norte, tiene, vamos.... como si dijéramos, visos de escapatoria, aquellas ciudadanas son capaces de jugarle una *partida serrana*, sacándole los ojos, en un acceso de indignación patriótica.

Por la misma razón creo que no será su idea la de presentarse á pedir recursos á la *hermosísima* (¡apártense ustedes, que mancho!) Doña Emilia Caraboba.

Mas ¡calla! he dicho *pedir recursos*? Pero, nó, Bembeta no tiene *chispa* para los cubiletes. Estos son para Quesada, y las *chispas* para Aguilera.

¡Nada! ¡Que no atino!

Ya habría dado en el *quid*, si yo tuviera otra cabeza. La privilegiada cabeza, por ejemplo, de *Agramonte Loinaz*.

Hombre, sí, que me traigan la cabeza de Agramonte! Y después, que me den la cabeza de Céspedes, porque quiero raciocinar. Necesito esa cabeza!

Mas, ¡oh, poder de la casualidad!

Acabo de nombrar á Céspedes, medito un poco y grito como Arquímedes:

¡Eureka! ¡Eureka!

Sí, amantes lectores, sí, hermanos en Adán y en la patria: ¡Ya la encontré!

Ya encontré la causa de su marcha.

Ya sé por qué, el *ciudadano* Bembeta se largó con viento fresco.

El *nunca bien como se debe alabado caballero de la triste figura*, el *judío errante* de la manigua, el celestial Carlos Manuel, ha echado sus cuentas, y ha dicho:

—“Pues, señor, la trocha militar ideada por el general Val-maseda, [que entre paréntesis, no es general de mentiriji-llas] viene á ser, entre otras cosas, una ratonera. No vaya ‘el diablo á hacer que yo sea el raton. Hum! No me gusta ‘esto.”

Y hecha esta *prudentísima* reflexión, ha exclamado: “Vuelvo.”

Y ha vuelto... las espaldas.

Como Céspedes, según se susurra, ha tomado la de vámonos, no por miedo, nó, señor, sino por *canguelo*, naturalmente Bembeta ha hecho lo mismo.

Marte sigue á Júpiter en esta ocasión.

Ahora sí que Carlos Manuel, viendo los toros desde la barrera, podrá parodiar las palabras del *Divino Maestro*, diciendo con profunda convicción:

“Hijos de Cuba Libre, no lloreis por mí, sino por vosotros ‘y vuestros hijos.”

Y mirando á Bembeta, le guiñará un ojo; Bembeta le guiñará los dos, como diciendo: “Te comprendo, *chavó*,” y ambos ciudadanos exclamarán: “¡A vivir!”

Y yo concluyo este artículo, diciendo:

Tal para cual.

JUAN DIENTE.

SARTENAZOS.

JUAN PALOMO tiene cartas de Puerto Rico, del travieso Juanito, su activo y celoso corresponsal, con fecha 29 de mayo.

Homeopáticamente nos suministra *Juanito* las noticias, y homeopáticamente damos su carta á continuación.—Dice así:

“Ha vuelto el General Baldrich de su visita á varios puntos de la Isla, y me chupo los dedos de gusto al ver el resultado que ha tenido. Cansada la longanimidad del General de las fechorías de los radicales, les ha puesto de vuelta y media en todas partes y les ha dicho que les conoce perfectamente, que tienen en la cara un trapo por máscara, y este es el pendon de Castilla, pero que detrás no vé sino separatistas. Verdades de á fóllo les ha dicho, amigo PALOMO, según me ha contado uno de los de la expedición, y ya no hay que andar con tapujos ni con embustes: no hay nada que no cause náuseas más violenta que la hipocresía. De seguro, que los llamados radicales no le miran con buenos ojos, y ya que tiró el diablo de la manta, no se puede ver sino el esqueleto del radicalismo, con su deformidad separatista y con el derecho del pataleo.”

El *Diario de la Marina* de ayer se encarga de dar explicaciones á los que han hecho algunos reparos á la rifa de una casa en Guanabacoa, cuyo anuncio publicó JUAN PALOMO el pasado domingo.

La casa no tiene gravámen alguno.

Los interesados en la rifa son personas de la mayor responsabilidad.

Se han llenado con la Administración los requisitos que marca la ley.

Eso ha dicho el *Diario* y repite JUAN PALOMO.

Y después de eso, caballeros, á tentar la suerte, que de esas cosas entran pocas en libra.

Examinando las planas de anuncios de algunos periódicos americanos, encuentro que son estafetas de amor, en las que depositan su correspondencia todos los Tenorios de la ciudad. Hay misivas muy curiosas: hé aquí las más interesantes:

M.... S.

Ya estoy cansado de este sistema. Decid una palabra y arrojadlo por todo. ¡Llevo dos años de sacrificio!—H.

Señora, ¡que no puede más el pobrecito! Mire usted que dos años de sacrificio ya es una fecha muy decente.

Vamos, diga usted esa palabra....

¿Qué palabra será esa? Regularmente será.... ¡Andandol

In Ri P....

Está bien; pero tened entendido que debéis tomar el tren. ¡Funesto amor! Si, huid, huid, aunque os lleveis mi corazón!

¡Zapateta! Esto me huele á paliza. Un hombre que debe tomar el tren y huir llevándose un corazón, se parece mucho á un Tenorio cogido in fraganti.

Ya se me figura verle con la maleta debajo del brazo llegar á la estación, pararse, mirar á todos lados y penetrar en un coche, corriendo las cortinillas para evitar las miradas quizá de algun hulano implacable.

¡Oh amor! Lo mismo eres en España que en los Estados Unidos.

I—27.

Recibí el sombrero y lo otro. Me hubiera gustado más aquello; pero me contento por ahora con esto.—Clara.

¡Qué juego de palabras tan encantador! Es una charada que yo traduzco del siguiente modo:

Recibí el sombrero y el retrato. Me hubiera gustado más el aderezo; pero me contento por ahora con lo que te voy sacando.

¡Yankeel! Esa mujer es una Traviata. ¡Mira que te deja sin calcetines!

F.—Th.

¡No es verdad! Y te reto á ti y todos los tuyos á probarme lo contrario.

¡Miseria! ¡Cuánta miseria, y qué desengaño!

De fijo, es una jóven á quien se ultraja. ¡Y es valiente, vive Dios!

¡Anda, pruébale lo contrario si te atreves!

¡Pruébaselo, tonto!

Dicen de Burdeos que hace algunos días se descubrió en el horizonte un cuerpo luminoso que arrojaba chispas de su centro.

Echaba chispas? Pues era doña Emilia Casanova: positivamente.

Pero dicen que era un meteorito: entonces me vuelvo atrás, porque esa dama no puede ser mete-oro, si acaso será saca-ídem.

Pancho Aguilera tampoco puede ser, porque él no echa chispas: al revés, las toma.

Pues, señor, no sé quién pueda ser!

Nuestro amigo y colaborador D. Rafael Villa, vá á publicar en la próxima semana una obrita titulada *El Patriotismo Español y la Insurrección de Cuba*, en la cual, bajo la forma de una alegoría, dá cada linternazo á los mambises que tiemblan el Universo. Figuran en la obra, además del Patriotismo y de la Insurrección, todas las malas pasiones que acompañaron al nacimiento de la rebelión, y una muy respetable señora llamada ESPAÑA, que acompañada de cierto leoncillo... Pero, nó, nó; comprenla ustedes y sabrán lo demás.

JUAN PALOMO les asegura que los 50 centavos que les cueste, no los han de sentir.

Los rojos de París no solo han secuestrado, durante su dominación, obispos y presbíteros, sino que también han tendido la vista á otros varios ramos.

Por ejemplo, un periódico dice que todo el vino existente en el depósito de los señores Pereire hermanos, del arrabal de Saint-Honoré, fué secuestrado por varios guardias nacionales.

Y digo yo: ¿qué servicio podría prestar esa fuerza embotellada y lacrada en la defensa de París?

Pancho Aguilera, (mirando de reojo).—¡Ay! quién fuera rojo para hacer un secuestro igual! Y después de beberme todo el vino, me secuestraría á mí mismo pá volverlo á tener.

¡Ole con ole!

Otro rasgo de los rojos franceses.

Una de las cañoneras estacionadas junto al puente de la Concordia ha sido pintada por los marinos que la tripulan. La habilidad de estos presuntos Rubens se ha iniciado con el boceto de un gendarme miniado, (hecho con minio), sobre el casco del buque, acompañándolo de un rótulo que dice *Thiers*, y á su lado otro rótulo así concebido: *Abajo los gendarmes*.

¡Qué chuscos!

Nuestro amigo el señor don José Plácido Sanson, distinguido escritor canario, nos ha remitido de Madrid un tomo de poesías que acaba de publicar, titulado *Eclos del Teide*.

Nos parecen correctas, inspiradas y llenas de elevados pensamientos, por lo que no podemos menos de recomendarlas á los muchos paisanos que tiene en esta Isla.

—Señorita, decía uno á cierta jóven, es usted hechicera y tiene usted un tipo distinguidísimo, La jóven se quedó mirándole de hito en hito.

—Usted debe ser extranjera, continuó el jóven.

—¡Cá, nó, señor! dijo ella.

—Entonces, por fuerza debió serlo su padre de usted.

—Pues nó, señor, *velay*, porque mi padre era salchichero.

CANTARES.

Para que pública fuese
la falsía de tu pecho,
fuí á tu mejor amiga
á confiar mi secreto.

Cuándo triste su entierro
cruzó tu calle,
¿no te gritó tu alma:
—Tú le mataste?—

Ni sé lo que me pasa,
ni lo que tengo,
desde que bromeando
me diste un beso;
vuelve á besarme,
porque quiero á tus bromas
acostumbrarme.

R. DE MEDINA.

¡Miren ustedes qué cosas tan raras!

Acabo de enterarme por un periódico, de que tres vacas de un ganadero de Escocia han estado dando, por espacio de 15 días, una leche negra como el ébano.

La ciencia, como es natural, se afana por descubrir la causa de este fenómeno.

Voy á ver si yo la acierto.

¿Será porque beban tinta?

O porque hayan lamido á doña Emilia Casanova?

Ah, ya caigo! Positivamente es porque les hablan de las hazañas de los insurrectos cubanos y están ya achicharradas por dentro. De fijo!

Eh?

Los periódicos diarios han dado cuenta de la muerte del digno, del esforzado y leal cubano, jefe de las "escuadras de Guantánamo," don Miguel Perez y Céspedes, que en setenta y un años de edad, llevaba cincuenta y cuatro de honrosos servicios á España.

JUAN PALOMO, que lamenta, como todos, esta pérdida, excusa de entrar ahora en pormenores acerca de tan benemérito jefe, porque en su número 24, correspondiente al 16 de abril, publicó una sucinta biografía de don Miguel Perez y su retrato, hábilmente litografiado por el señor Cisneros.

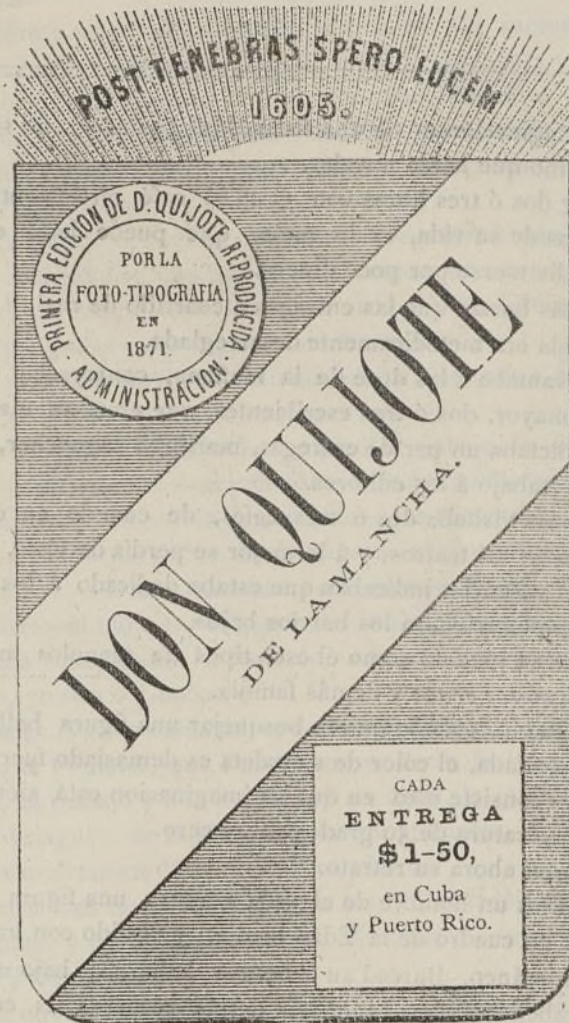
Con la gorra en la mano, la satisfacción en el pecho y la alegría en el semblante, se presenta hoy ante ustedes JUAN PALOMO á darles una noticia de las que alegran á cualquiera que de español se precie y tenga en lo mucho que vale la literatura de su patria, y sobre todo, la obra maestra entre el sin número de las que la componen, el inmortal *Don Quijote de la Mancha*.

Del mérito de ese libro no esperen ustedes que diga hoy una palabra quien no encuentra ya nada nuevo que elogiar.

Pero si dirémos algo que es satisfactorio é interesa á todos, y es, que merced á los desvelos y afanes del Sr. Coronel Don Francisco López Fábra, vá á hacerse una reproducción exacta, fiel, escrupulosa de la primera edición de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, tal como se publicó en Madrid en 1605, en la imprenta de don Juan de la Cuesta. Dos ejemplares que existen de esa valiosa edición, propiedad de la Academia Española y de la Biblioteca Nacional de Madrid, sirven para esa reproducción *foto-tipográfica*, que es un modelo de limpieza y un gran adelanto de que debe vanagloriarse nuestra patria.

El anuncio que á continuación publicamos, nos releva de entrar en otros pormenores, acerca de las condiciones de la publicación, etc.

Sólo, para concluir, debemos agregar que la primera entrega que tenemos á la vista, honra á nuestra patria por todos conceptos y merece el aplauso cordial que aquí tributa JUAN PALOMO á los señores López Fábra, Hartzzenbusch y Frontaura.



EDICION REPRODUCIDA IDENTICA EXACTAMENTE,

FOR LA FOTOGRAFIA E IMPRENTA, DE LA PRIMERA QUE DIÓ A LUZ

en el año de 1605

El inmortal CERVANTES,

y de la cual sólo se conocen dos ejemplares,

PROPIEDAD DE

LA ACADEMIA ESPAÑOLA

Y LA BIBLIOTECA NACIONAL.

MONUMENTO UNICO EN SU CLASE,

QUE LLEVAN EN HONOR DEL

GRAN INGENIO DEL MUNDO,

FOR MEDIO DE LOS ADELANTOS DEL SIGLO XIX,

ESPAÑA y los amantes de sus glorias

LITERARIAS Y ARTISTICAS.

PUBLICACION DIRIJIDA POR EL CORONEL

D. FRANCISCO LOPEZ FABRA,

bajo los auspicios de una Asociacion propagadora, de la que son

Presidente: el Excmo. Sr. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSH;

Secretario: el Sr. D. Carlos Frontaura.

Acompaña á esta obra un apéndice de notas é ilustraciones al QUIJOTE, escritas por dicho señor HARTZENBUSH, director de la

BIBLIOTECA NACIONAL,

y dos portadas en colores, que serán la expresion del mayor adelanto alcanzado por la imprenta en la época actual.

CADA TRIMESTRE SE PUBLICARA [GRATIS PARA LOS SUSCRITORES] UN

BOLETIN DEL QUIJOTE

con los escritos que sobre esta obra se publiquen en la prensa, y las listas de asociados y suscritores, etc.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra, cuya importancia y magnitud son evidentes, será la más exacta y preciada en todas las ediciones del QUIJOTE, puesto que, siendo copia fidelísima de la primera [1ª y 2ª parte], se halla destinada á recordar el brillo y pureza que tenía el idioma español al principiar el siglo XVII y á enriquecer con su inestimable tesoro de buena literatura á cuantos la posean.

Constará de 1,248 páginas fotografiadas é impresas con todo lujo.—Se publicará una entrega mensual, que constará de 48 páginas. Toda la obra 26 entregas.

Precio de cada entrega: en Madrid, \$1.—En Cuba y Puerto Rico, \$1.50.—En el extranjero, \$1.75.

Se abonarán las entregas en el acto de recibirlas. Los señores suscritores que deseen abonar las 26 entregas adelantadas, obtendrán una rebaja de 13 por 100, es decir, que importando la obra \$39 al precio de \$1.50 la entrega, sólo pagarán anticipadamente

34 pesos por la obra completa.

A cuantos procuren la propagacion de ejemplares, se les recompensará con una medalla conmemorativa de la obra, en la que se grabará el nombre del asociado.

La medalla será:—De metal blanco por cada tres ejemplares.—De bronce por cada diez idem.—De plata por cada veinte idem.

Ha llegado la primera entrega.

AGENCIA GENERAL EN AMERICA:

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria," CALLE DE O'REVILLI, NUM. 54.